





1968

● Miguel Ángel Cevallos

Nació en el Distrito Federal el siete de abril de 1886, falleciendo poco después su madre, María de Jesús de la Peña. Realizó sus primeros estudios en la Escuela Hogar de Niños Pobres Trabajadores, ubicada en el barrio de Loreto, en la Ciudad de México, posteriormente, se integró al Colegio Cifuentes. En 1899, a la edad de trece años, ingresó al Colegio Militar por conducto de su padre, Juan Nepomuceno Cevallos. Más tarde, abandonó la carrera militar, para dedicarse como empleado en una oficina de correos. El joven Cevallos no se resignó a abandonar los estudios, por lo que decidió ir al Museo Nacional y al Observatorio Meteorológico de Tacubaya, en busca de una profesión. Miguel Ángel Cevallos se educó fundamentalmente de una manera autodidacta y con la ayuda de su tío Rafael Ángel Peña.

En 1917, al finalizar la lucha armada, Antonio Caso, director de la Facultad de Altos Estudios, futura Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, lo nombró profesor de psicología en los llamados Cursos Libres Preparatorios que se impartían en dicha Facultad; posteriormente, Cevallos impartió clases en la Escuela Suplementaria Nocturna para Obreros, en el Colegio Militar, en la Escuela Normal para Maestros, así como en el Instituto Científico y Literario del Estado de México.

Debido a sus constantes estudios, en los que buscaba siempre estar actualizado, Cevallos se fue interesando en la psicología, hasta darse cuenta que esta ciencia, relativamente joven, requería mayor atención que la que en el primer tercio del siglo se le concedía en México, como consecuencia de ello, el Profesor Cevallos preparó y presentó un proyecto para la creación de la Carrera de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras,

que finalmente fue aprobado por el Doctor Antonio Caso, director de la Facultad. Poco después, fue Profesor de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras; asimismo, se desempeñó como Jefe de la Clase de Lógica y Psicología en la Escuela Nacional Preparatoria. En reconocimiento a su larga labor docente y a sus aportaciones académicas, la Universidad Nacional Autónoma de México lo nombró Profesor Emérito.

El Profesor Cevallos tuvo alumnos que en su vida profesional pública se distinguieron, entre los que se encuentran: Mario de la Cueva, Ricardo Zabada, Ángel Caso, Manuel Gual Vinil, Miguel Alemán y Adolfo López Mateos, llegando estos dos últimos a ser Presidentes de la República. También dio clases en el Conservatorio Nacional de Música y en la Escuela de Capacitación de la Antigua Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.

Autor de varios libros, como son: Estancias espirituales, La Escuela Nacional Preparatoria, Teoría y práctica de la Escuela de Bachilleres, Problemas Universitarios, y Ensayos pedagógicos, entre otros.

En el año de 1968, Miguel Ángel Cevallos fue condecorado con la Medalla de Honor Belisario Domínguez otorgada por el Senado de la República.

DISCURSO DE LA SENADORA MARÍA LAVALLE URBINA

Ciudadano Presidente de la honorable Cámara de Senadores; ciudadanos Diputados y Senadores; respetables ciudadanos condecorados con la presea Belisario Domínguez, distinguido Maestro Miguel Ángel Cevallos; señoras y señores:

Bajo el ilustre patrocinio del Doctor Don Belisario Domínguez figura señera en el trascendente devenir histórico del Senado de la República se otorga por décima quinta ocasión la Medalla de Honor que lleva su nombre, y que fue creada por Decreto de 3 de enero de 1953, con el doble objetivo de recordar y enaltecer a tan insigne Patrio y "premiar a los hombres y mujeres mexicanos que se hayan distinguido por su ciencia su virtud en grado eminente, como servidores de nuestra Patria o de la humanidad." En esta vez, se discierne tan relevante distinción al Profesor Don Miguel Ángel Cevallos, Maestro Emérito, figura venerable de los claustros universitarios, que durante muy largos años ha impartido su noble magisterio en la máxima casa de estudios de nuestro país, la Universidad Nacional Autónoma de México.

Es autor, entre otras, de las siguientes obras: Atisbos de Belleza; Estancias Espirituales; la Escuela Nacional Preparatoria; Teoría y práctica de la Escuela de Bachilleres (en colaboración con el Doctor Francisco Larroyo), Ensayos pedagógicos; Examen de sujetos; La lógica de la ciencia (también con el Doctor Larroyo); Pequeña y singular historia de un programa (con el Profesor Juvencio López Vázquez); Fundación de una preparatoria modelo para la formación de los futuros dirigentes de México; y Reforma del bachillerato; pero he de referirme en especial, a una de sus obras.

Desde el mirador del atardecer maduro y luminoso de sus seis décadas de fértil existencia, el Maestro Cevallos publicó un libro intitulado Un hombre perdido en el Universo, de esencias marcadamente autobiográficas enriquecidas con interesantes planteamientos psicológicos. La obra protagonizada por un Miguel Niebla, que como anticipáramos,

no es otro que el propio Miguel Ángel Cevallos, se inicia con estas palabras: “Miguel Niebla acaba de cumplir sesenta años, y se detiene lleno de asombro, a la orilla de su vida, para verla pasar y descubrir su sentido.” Estimo que sería placentero, al par que interesante, situarse permanentemente al lado de Miguel Niebla a la orilla de esa vida, y con él tratar de desentrañar su sentido profundo y misterioso compartiendo el afán de “comprender su propia vida y el ser mismo del universo”, pero indudablemente no es esta ocasión propicia para seguir con minucia los sucesos de una larga existencia, que si bien aparece sencilla y modesta en lo externo, posee una gran riqueza y complejidad en lo interior. Resignémonos pues, a asirnos fuertemente de la mano de Miguel Niebla, y bajo su guía experta, trazar algunas pinceladas capaces de caracterizar, en apretada síntesis, la figura austera y respetable de Miguel Ángel Cevallos.

Nació nuestro protagonista el 7 de abril de 1886 en Tacubaya, Distrito Federal, y poco después pierde a su madre, la Señora Doña María de Jesús de la Peña de Cevallos, que para entonces contaba 33 años de edad. Miguel Niebla tiene ahora la certidumbre de que su orfandad materna ha desviado profundamente el sentido de su vida; que la ha empobrecido, agotado; que muchas flores de esperanza murieron en agraz, y que las que terminaron su evolución completa, rindieron pobres y mezquinos frutos.

Sus primeros estudios los hizo Miguel Niebla en Escuela Hogar de Niños Pobres Trabajadores del barrio de Loreto de la Ciudad de México. Después ingresó al Colegio Cifuentes, un colegio pobre, municipal, laico, considerando Niebla que por haber sido educado en este tipo de escuela, por haber convivido con niños del pueblo, ahora fraterniza ingenua y sencillamente con todos los hombres excepto con los malos.

Por decisión de su padre, el Señor Don Juan Nepomuceno Cevallos, ingresó al Colegio Militar, cuando apenas cumplía sus trece años; según expresión propia, allí aprendió nuestro bisoño soldado “la gran lección moral del olvido de sí mismo en beneficio del honor militar, que hay que incorporar a la vida con dolor y desinterés.”

La enfermedad puso fin a los proyectos del padre y a los sueños del hijo, en el sentido de que éste tomara tan honrosa carrera, consagrando su vida a servir en el Ejército Mexicano. Pero Don Juan Nepomuceno no se arredra ante esta contingencia y con el ánimo decidido de dar al hijo ocupación remunerada, lo sitúa dentro de la burocracia nacional, como modesto empleado de una oficina de correos.

Sólo que las inquietudes de Miguel Niebla no cabían dentro de los menguados límites de tal ocupación; sus por entonces vagas aspiraciones espirituales lo llenaban de angustia y zozobra, e intuía la necesidad de encontrar un camino que le permitiera la realización de su ser íntimo y al mismo tiempo, desempeñar una útil función social. Y a la búsqueda de ese camino dedicó sus esfuerzos, pero su avidez de saber y sus propias y variadas capacidades, dificultaban la búsqueda y ocultaban la auténtica vocación. A Miguel Niebla, primero lo deslumbró la ciencia y quiso ser naturalista o astrónomo, por influencia de su tío materno Don Rafael Ángel de la Peña, ensayó ser filólogo, escritor o novelista; más tarde, acaparó su interés el arte y estudió música y pintura.

Después de tales intentos, Miguel Niebla se detuvo a considerar con amargura lo absurdo de su conducta, que lo llevaba de aquí para allá con vuelo indeciso, sin haber logrado encauzarse en una sola dirección definitiva. Es en ese momento crucial de su vida cuando Miguel Niebla decide ingresar a la Escuela Nacional Preparatoria, y es en esta escuela, en la que encuentra el inquieto joven su verdadera inclinación al magisterio y su marcada afición por la psicología, la lógica y la filosofía. De entre los escombros de tantos internos fallidos, de entre el cansancio y la desesperanza de tanto recorrido sin meta, surgió vigorosa y fortalecida, la vocación del humanista.

Miguel Niebla inicia su carrera docente en la modesta Escuela Suplementaria Nocturna para Obreros Número 27, ubicada en las viejas calles de Arcos de Belén. Más adelante pasa a dar clases al Colegio Militar, y poco después, a la Escuela Normal para Maestros. Pero, lo definitivo en su destino, es la distinción que el novel profesor recibe de su maestro y amigo, el prestigiado filósofo Don Antonio Caso, quien en 1917 lo nombra profesor de Psicología de los Cursos Libres Preparatorios, que más tarde se convertirían en la Escuela Nacional Preparatoria, al reivindicar su adscripción a la Universidad Nacional. Esta designación le marca a Niebla derroteros definitivos por los que, desde entonces, habría de transcurrir su caudalosa vida profesional.

Luego, el psicólogo asume también la clase de Lógica, y en 1948, recibe el nombramiento de Profesor de Carrera. Todo esto, en la propia Escuela Nacional Preparatoria, a la que Miguel Niebla consagra sus mejores y siempre renovados afanes de superación, con vínculo tan permanente y entrañable, que él mismo proclama que entender su vida no sería posible, sino en función de la vida de la propia escuela.

En su larga carrera magisterial ha tenido alumnos muy distinguidos; del primer grupo a su cargo recuerda con especial agrado, la clara inteligencia de Mario de la Cueva y también el talento de Ricardo Zebada, Ángel Caso y Manuel Gual Vidal. Dos de sus alumnos han alcanzado la Primera Magistratura del país, los Licenciados Miguel Alemán y Adolfo López Mateos; otros han sido Gobernadores y secretarios de Estado, algunos, senadores, diputados, inclusive, en la actual Cuadragésima Séptima Legislatura del Congreso de la Unión. En una palabra, discípulos suyos han ocupado o desempeñan importantes cargos en la administración pública o en el ámbito de la iniciativa privada. Centenares, millares quizás, de alumnos suyos, van por el mundo pregonando la bondad de aquella fértil semilla que colocara en surco adolescente la amorosa solicitud del Maestro Miguel Ángel Cevallos.

Por tan prolongados y meritorios servicios, su Alma Mater le concedió el alto honor de un nombramiento como Maestro Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La cercanía y la relación armoniosa con sus alumnos, lo han hecho sentirse siempre joven. El año próximo pasado celebró sus bodas de oro, con la docencia. Diez lustros consagrados a la juventud mexicana, la riqueza más preciada del país, educándola "con alegría, con entusiasmo, con amor." Porque el Profesor Cevallos no se ha concretado a instruir; es decir, a la limitada función de transmitir conocimientos, sino que ha procurado

cultivar en los estudiantes los más altos valores morales. Todavía recuerdan sus discípulos con cierto dejo de ternura, el pequeño y modestísimo local que el profesor llamaba su oficina, y en el que con absoluto olvido de su tiempo, recibía visitas de los alumnos que le ofrecían sus confidencias alegres o tristes, optimistas o desesperanzadas, que él, con gran comprensión y paciencia, encauzaba por senderos positivos.

Y ¡Qué atinada y fecunda la actitud del maestro que, consciente de las amarguras perturbaciones y desasosiegos de la adolescencia, ofrece al alumno no el conocimiento frío y ajeno, sino la realidad concreta y vibrante en su solidaridad afectiva, la clarificación de pensamiento, y la orientación adecuada para resolver por sí mismo problemas estudiantiles, familiares, económicos, sociales o políticos!

Estas formas de conducta resultan especialmente útiles en las turbulentas horas que vive la juventud, horas en las que vientos de fronda recorren airados las más diversas latitudes del mundo. Esta juventud se queja y se duele de la inoperancia de estructuras construidas por épocas e intereses que le son completamente ajenos. Una constelación de factores, muchos de época; es decir de orden general y por tanto, sin fronteras, y otros locales, conjugan su fuerza para acentuar la violencia.

Y es que precisa reconocer que en nuestros días, la persona humana con lamentable frecuencia ha pasado a un segundo término, frente al empuje avasallador de otro tipo de valores. Resulta imperativo, pues, reivindicar al hombre en toda su integridad, en toda su majestad, en toda su dignidad, y proclamar a los cuatro vientos que la ciencia y el arte adquieren su justa dimensión, cuando se encuentran y se utilizan al servicio del hombre. Como dijera el Maestro Cevallos en una sola frase: "Primero hacer hombres, después profesionales."

En relación con nuestro país, el Señor Presidente de la República, Licenciado Gustavo Díaz Ordaz, ha examinando el problema en su integridad y con visión certera, ha señalado la urgencia de una profunda reforma educacional.

Una reforma audaz en su concepción, renovadora en su contenido, completa en su proyección, revolucionaria en sus esencias y humanista en sus objetivos.

El pensamiento diazordacista desarrollado en ocasión al Cuarto Informe Gubernamental, ofrece ricos y variados planteamientos para la ejecución de la reforma que concibe desde el hogar, hasta los profesionales y posgraduados, fijando como meta la de formar hombres a la vez libres y responsables, como dijera en Punta del Este: "Sin el contenido humanista, el desarrollo económico nada significa en la historia de un pueblo."

Ahora bien; para la triunfal realización de tan trascendente reforma, es imprescindible contar con la contribución vigorosa, esforzada y responsable de los profesores de todos los grados y niveles. Maestros al estilo de Miguel Ángel Cevallos, que independientemente de otras importantes calidades, tienen la de consagrarse con noble espíritu de servicio y encendida devoción, a forjar a los ciudadanos del futuro, dentro de las más depuradas esencias de la mexicanidad.

Con la presea Belisario Domínguez, el Senado de la República rinde tributo de cálida admiración y emocionado reconocimiento al maestro mexicano en la persona de un

humanista distinguido, de un profesor de indiscutible solvencia científica y moral, de un maestro emérito, pero sobre todo, de un hombre modesto, limpio, bueno y noble, que ha entregado su vida sin alharacas, sin regateos, y sin reticencias, al servicio de la fecunda causa de la educación.

Este humanista, este maestro, este hombre es: Miguel Ángel Cevallos.

DISCURSO DEL PROFESOR MIGUEL ÁNGEL CEVALLOS

Honorable Senado de la República: señoras y señores:

Con sorpresa y profunda emoción recibo la joya más preciosa a que puede aspirar un mexicano que ama a su país, y que ha entregado su vida, gozosamente, a la formación de lo más valioso que tiene un pueblo, como son los adolescentes y los jóvenes, en los que se apoya el progreso de un país en todas sus formas: política, económica, social y cultural. Pero ese progreso no lo puedo concebir como una pérdida de nuestra independencia y soberanía nacional. Nuestro pueblo debe seguir siendo independiente y soberano, para poder seguir siendo responsable de su destino y respetuoso del destino de otros pueblos.

Esta preciosa joya es la Medalla Belisario Domínguez, patricio mexicano que dio su vida para vencer la sangrienta y odiosa dictadura del traidor Victoriano Huerta. No lo llamo general, porque esta categoría militar solamente la merecen los hombres puros que no han manchado sus vidas con sus vicios y vesánico y estúpido afán de poder. Me agrada presentar a todos los jóvenes de mi país estas dos figuras extremas, la del Senador Belisario Domínguez y la del usurpador Victoriano Huerta, porque la mejor manera de formar la conciencia moral y cívica de la juventud en formación, no es la doctrina, la elaboración de conceptos abstractos y verdaderos porque hay una distancia enorme entre el pensamiento justo y la acción creadora de actos buenos. Del mismo modo que hay una diferencia grande entre la mención del perfume de una flor y la hediondez de una atarjea que conduce aguas negras. La contemplación de la egregia figura del Senador Belisario Domínguez y la del perverso Victoriano Huerta, les estará indicando ya, sin haber formulado ninguna doctrina, a quien deben tomar como modelo para normar su conducta futura.

El Dr. y Senador de la República, Representante del Estado de Chiapas, Belisario Domínguez, recibió su vida, como todos hemos recibido la nuestra, con virtualidades orientadas tanto para el bien como para el mal. A nosotros nos toca elegir entre el modelo de nuestra vida, y yo quisiera que todos los mexicanos, ya sean jóvenes, maduros o viejos, elijamos este hermoso modelo de vida ejemplar. Porque Belisario Domínguez vivió, no para sí, sino que entregó este admirable don de su vida en todas las formas posibles que es dado entregarla a los demás. En sus relaciones con los distintos grupos sociales con los que tuvo que convivir, fueron ejemplares: en las relaciones con la familia, con su ciudad natal, su inolvidable Comitán de las Flores, con sus enfermos, con sus subordinados públicos, y con su Patria, cuando hubo de representar a Chiapas en la Cámara de Senadores. Representación que descubrió al extraordinario héroe civil. Si hago un cotejo entre este héroe civil y un héroe militar, advierto que el heroísmo de Belisario Domínguez, superó al militar; porque éste, cuando va a la guerra, su muerte es incierta, sin que por ello se reste

nada a su valor; en tanto que Belisario Domínguez cuando escribió su discurso atacando al enajenado y sanguinario Victoriano Huerta, sabía él, Belisario Domínguez, que moriría asesinado ineluctablemente por los esbirros del tirano. Y esta certeza de morir no lo obligó a retroceder un solo paso, una vez tomada su decisión de ofrendar su vida en defensa de la ley, de la libertad y de la autoridad superior e impersonal de nuestras instituciones democráticas. Yo creo que nuestros jóvenes deben tener siempre presente este heroísmo singular, y aquel admirable de nuestros jóvenes cadetes del 47.

La presea Belisario Domínguez, que este venerable Senado acaba de otorgarme, yo la tomo profundamente conmovido, no como reconocimiento de mi larga docencia en mi querida Escuela Nacional Preparatoria, sino como homenaje que el Senado de la República rinde al magisterio nacional.

Inicié mis cátedras de Psicología y Lógica desde 1917, en el mismo año en que nació institucionalmente un México nuevo, entre las llamas abrasadoras de nuestra Revolución, que no es copia de ninguna, y que no tiene nada que aprender de ninguna otra. Llamas en que se acrisoló la Constitución que actualmente nos rige.

En el curso de estas cinco décadas han pasado muchas generaciones de estudiantes a las que me tocó educar y con las que yo mismo aprendí a mantener mi espíritu siempre alerta, rebelde a la injusticia, a la incomprensión, a la hipocresía, y buscando la realización de los valores superiores, proyectada siempre a la renovación de sistemas educativos y de leyes inoperantes, por el avance de los tiempos y la mayor complejidad de la vida contemporánea.

En estos momentos solemnes, los más solemnes de mi vida, me rejuvenece el recuerdo de los rostros y las voces de mis discípulos, muchos de ellos, hombres y mujeres, que rindieron o aun están rindiendo, grandes servicios a México en puestos de gran responsabilidad en bien del país, ya sea en la educación, en la política, en la ciencia, en la técnica, en la literatura y en las actividades económicas. Al recordar mis escuelas como la Nacional Preparatoria, el Colegio Militar, la Normal de Maestros, el Conservatorio Nacional de Música, el Instituto Científico y Literario de Toluca y la Escuela de Capacitación de la antigua Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, quiero rendir homenaje de admiración a todos aquellos maestros míos, y a los maestros con los que trabajé, como maravillosos constructores del México que hoy contemplo, de este México nuestro que vence la adversidad y supera los obstáculos internos y externos que el devenir histórico inevitablemente nos plantea para su correcta evolución.

Permítanme ustedes que esta alta y respetable tribuna de nuestra política la torne por unos momentos cátedra mía para hablar a la juventud de nuestra Patria. Esta puede ser una de mis últimas lecciones, desinteresadas como todas, hechas sólo con el propósito de guiar.

Hemos vivido momentos delicados de crisis, compartiendo la preocupación de nuestras autoridades gubernativas y universitarias; y hemos compartido también las inquietudes estudiantiles, siempre con el deseo de que esta crisis abra nuevos y hermosos horizontes para el futuro de la Nación; y si esto es así, tornaremos en factores positivos los

errores y circunstancias de angustia para seguir consolidando un México libre e independiente, progresista y próspero. Toca a todos nosotros, y muy especialmente a los jóvenes, aprovechar estas recientes experiencias, ya que los caminos de la violencia resultan infecundos, cuando los objetivos que se persiguen no son constructivos y reformadores de nuestros vicios. En un precioso vitral del viejo Colegio de San Ildefonso está inscrita la leyenda, que todos ustedes conocen, de valor sempiterno: "Saber para prever, prever para obrar." A ustedes jóvenes estudiantes de México, los de nuestra ciudad capital, y los que también allá en la provincia se preparan para realizar una vida responsable, les digo que tengan fe en México y en sus instituciones políticas y sociales, que ustedes habrán de perfeccionar, porque la superación de nuestras vidas es tarea interminable; es tarea de hoy, de mañana y de siempre.

Tengan ustedes fe, jóvenes de México, en que habrá de realizarse la gran reforma educativa propuesta por el Presidente Díaz Ordaz en su último informe ante el Congreso, y tengan confianza en ustedes mismos, en su capacidad de distinguir correctamente entre el bien y el mal, para que puedan vivir en plenitud y armonía en el seno de sus familias y de sus ámbitos sociales. Tengo confianza en que ustedes aprenderán a ser hombres y mujeres responsables, conductores acertados, sin dejar de ser libres y soberanos de sus propias existencias. Yo sé que tendrán siempre en alto el estandarte que repudia injustos egoísmos, y un propósito inquebrantable de seguir aumentando su saber y su espíritu crítico, porque sin el auxilio de estas cualidades espirituales serán fácilmente víctimas del engaño y de la esclavitud en cualquiera de las formas modernas.

Quiero reiterarles que no olviden la valerosa norma que Belisario Domínguez se impuso durante su limpia vida, y que cumplió con el sacrificio de ella: "La honradez debe ser exacta como las mismas matemáticas."

No quiero terminar este exhorto cariñoso sin indicarles que están ahora obligados moralmente con el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México a someterse a su autoridad; autoridad que ya indicó la necesidad de normalizar las actividades escolares en beneficio de ustedes mismos y del prestigio internacional de México. No olviden que retornó a la Universidad por pedimento colectivo de ustedes, de los profesores y empleados de la Universidad para volver a regir los destinos de nuestra casa de estudios.

Me es imposible no referirme, ya para terminar, a algunas breves consideraciones sobre la crisis mundial, que ha hecho que los hombres se dividan en dos grandes grupos que luchan entre sí para hacer triunfar sus respectivos y opuestos ideales políticos. La llamada democracia capitalista y la llamada democracia comunista. La primera defiende la libertad social, pero dejando intacta la tiranía económica; y la segunda defiende la igualdad económica, pero dejando intacta la tiranía social, que no oculta el principio fundamental establecido por el gran Filósofo Carlos Marx: la dictadura del proletariado. Esta pugna irreconciliable entre dos grandes fuerzas políticas y militares, han oscurecido el cielo del mundo, haciendo nacer la angustia vital en todos los hombres, y sobre todo, la angustia de las nuevas generaciones, que, inconscientemente, pretenden escapar de esta inefable y vaga tortura, que es la angustia de vivir en estos tiempos deplorables. En razón

de esta zozobra, la actitud y costumbres de muchos de nuestros jóvenes han cambiado radicalmente, como lo prueban sus modas estrafalarias, sus bailes descoyuntados llenos de sensualidad provocativa, el uso de drogas que crean mundos artificiales, la rebeldía inconsulta, el pandillerismo, el desdén de las normas morales y jurídicas. No podemos recriminar a nuestros jóvenes, sino aconsejarlos, ya que sus guidores se han puesto al margen de la justicia, de la cordura, de la concordia y de la fraternidad internacional, sembrando el odio y amenazando al mundo con su total destrucción.

No comprendo cómo el hombre contemporáneo, que ha conquistado grandes progresos en la ciencia y en la técnica, permanece todavía dominado por sus instintos agresivos que no difieren esencialmente del hombre cavernario. Su diferencia está solamente en su diabólico poder destructor. El hombre contemporáneo ha permanecido sin progresar en el mundo moral, cegado por sus pasiones políticas y su locura de poder hegemónico universal. En esta época llena de ciencia y de técnica, me asombra que, para hacer triunfar las ideologías opuestas, se quiera el aniquilamiento de todos los hombres. Pero antes de que esto ocurra, deseo que los estudiantes de México intervengan y hagan triunfar los ideales de nuestra Revolución, que marcan una superación a las tiranías del capitalismo y del comunismo, como lo prueban nuestras instituciones que luchan por realizar plenamente la justicia social, sin que nuestro pueblo pierda su libertad y responsabilidad individual y colectiva. Los que desean convertir nuestro país en esclavo de otras naciones poderosas, los invito a que conozcan nuestra historia, que les revelará que el mexicano ha luchado siempre, y no dejará de luchar por conservar su independencia, su libertad, y su amistad cordial con todos los pueblos, que por estar formados de hombres, los considera como hermanos de la gran familia humana.

Para ustedes, señores Senadores, una vez más mi gratitud por el alto honor que hoy recibo y que estimo debo compartir con los maestros que me enseñaron y con los buenos maestros, compañeros míos, en la diaria, casi siempre alegre tarea, de transmitir conocimientos y orientar la conducta hacia el bien de miles y miles de muchachos, que con el tiempo, y ya lejos de las aulas, han de cumplir la misión de ser útiles a nuestra Patria.